



COMENTARIO A UN INFORME Eisenhower ante el Congreso

S ENTIMOS por el general Eisenhower a quien, recién acabada la guerra, tuvimos ocasión de conocer personalmente, un gran respeto. Por su cultura, por su espíritu liberal, por sus convicciones democráticas, nos parece el menos militar de los militares, uno de esos soldados ilustres que sólo por deber, y no por vocación, aceptan la disciplina castrense y únicamente conciben la guerra como un mal inevitable para asegurar la paz, e irreprochable discreción con que supo eludir las incitaciones de una popularidad que hacía de él un candidato sin rival a la presidencia de la República norteamericana y la severa modestia con que se acogió a la Universidad de Columbia para entregarse a trabajos intelectuales, acredita su calidad humana y su mentalidad de hombre civil. A nadie le cuadra menos el calificativo de «Mac Arthur de Europa» que le han aplicado los agentes stalinianos y para nadie hubieran sido más injustas las manifestaciones hostiles preparadas por los comunistas a su paso por Francia y por Italia, aunque era evidente que tales muestras de hostilidad no iban dirigidas a él sino como representante del gobierno de Washington.

De esas cualidades de discreción, cultura y amor a la democracia ha dado prueba cumplida el general Eisenhower en el informe — gran parte de él improvisado, con ayuda de notas escritas — rendido ante los parlamentarios de su país, en la Biblioteca del Congreso de Washington, para dar cuenta de su viaje a través de los países europeos firmantes del Pacto Atlántico y beneficiarios del Plan Marshall. Aunque es seguro que en su información reservada al presidente Truman se habrá mostrado bastante menos indulgente, el general Eisenhower, hablando ante los parlamentarios, puestos de una contra el viejo continente, ha sido un abogado de Europa, dispuesta a conservar su libertad y a aceptar los riesgos que sean necesarios para defenderla. Y en seguida, el general Eisenhower agregó: «Yo he dicho ya que tenemos un objetivo inmediato: el bien de los EE.UU., pero a sabiendas de que ello significa no la defensa de un territorio, de unos derechos o de unos privilegios, sino la defensa de un sistema de vida; quiero decir que nuestra manera de vivir implica ciertos principios que deben subsistir por encima de todo si aquel sistema de vida debe subsistir también. Por ejemplo, la libertad política, la libertad de religión, la libertad de una economía basada en la libre contratación. Y nuestro sistema será válido en la medida en que nosotros sepamos garantizar estos principios. De lo contrario, nosotros habríamos perdido el alma, la base que queremos ganar desde fuera». Más adelante, el general, analizando sagazmente la situación, afirma que la fuerza de los gobiernos dictatoriales proviene fundamentalmente de que persiguen unos objetivos comunes, aunque la suya sea una unidad lograda por la fuerza, por la ignorancia o por la violencia política. «Lo que nosotros debemos hacer — resume Eisenhower — es oponer a esta unidad otra unidad más noble; la de los hombres libres que no se resignan a ser vencidos».

Todo el discurso del general Eisenhower, sin desdén de frase, podría ser objeto de comentario. Ahora bien: ¿sus palabras expresan una opinión puramente personal, lo cual carecería de sentido, o reflejan el criterio del gobierno de los EE.UU. como debemos suponer lógicamente? Y, en este caso, ¿cómo armonizar las premisas establecidas por el general Eisenhower, nada menos que general en jefe de los ejércitos llamados a defender la civilización occidental, con la política seguida por el Departamento de Estado norteamericano, especialmente en sus torpes ensayos de acercamiento al movimiento revolucionario, se ganará desde fuera? Más adelante, el general, analizando sagazmente la situación, afirma que la fuerza de los gobiernos dictatoriales proviene fundamentalmente de que persiguen unos objetivos comunes, aunque la suya sea una unidad lograda por la fuerza, por la ignorancia o por la violencia política. «Lo que nosotros debemos hacer — resume Eisenhower — es oponer a esta unidad otra unidad más noble; la de los hombres libres que no se resignan a ser vencidos».

HOJAS DE ALMANAQUE La charanga de la unidad

A ml siempre me ha parecido que eso de la unidad tenía — dependiendo de la expresión — aire de charanga. Me recuerda al rataplán de las murgas que amanzan esas fiestas de barrio en las que se tiran cohetes, se inflan matusaerías y se menea el anca bailando el agarrao para acabar inevitablemente con muchos vivos, sin que falten, — como es de rigor y de ortodoxia — el viva que se le da a la Virgen y el viva que reclama la Pepa, aunque al final todos los cuerpos andan a hostetadas por sí el pistón que se derro en el culo fue intencionado o no.

No soy viejo aún y llevo ya más de cinco lustros oyendo hablar de unidad. De unidad revolucionaria, de revolución socialista, de brentente. Generalmente, toda campaña de unidad ha ido seguida de una obra positiva de desunión. Ocurrir, desde luego, que los primeros — o los últimos, que piden la unidad son los desunidos, cosa lógica si no se diera la casualidad de que esos desunidos son los que se marcharon de su sindicato o de su partido político por propia decisión o fueron excluidos de ellos con el ruego vehemente de que no olvidaran. Sin remontarnos mucho, tenemos el ejemplo de hace treinta y tres años, cuando los bonzos bolcheviques se propusieron unificar al socialismo mundial bajo la bandera de sus veintinueve condiciones. Lo desunieron todo. No hubo partido socialista que no se escindiera ni organización sindical que no se partiera en dos. Desde entonces, el tema de la unidad ha estado siempre en candente para ser constantemente la manzana de la discordia. Los comunistas, sobre todo, han hecho de él un uso y un abuso intensivos. «¡Hagámos la unidad!», vociferaban y continúan vociferando. Pero era la unidad seguida de cerros. La unidad eran ellos, y los cerros todos los demás. Hasta que, al cabo de innumerables ensayos fracasados — y fracasados por su culpa —, lograron su propósito, pero a la inversa: es decir, que todos nos uniéramos con ellos, sino contra ellos.

Es lo único en que estamos acordes los republicanos españoles en el exilio. Poco es, ya lo sé, pero a mí esa falta de unión no me arredra, como a otros compañeros bienintencionados, lamentaciones elegíacas ni anátemas bíblicas. Yo no creo que el nuestro sea un espectáculo ni tan deprimente ni tan exclusivo. Por de pronto, no he conocido ninguna emigración política más unida — o menos desunida, como se quiera — que la española. Ni la italiana, ni la alemana, ni la polaca, aunque acaso nosotros, obedeciendo a un impulso temperamental, hagamos una exhibición más escandalosa de nuestras discordias. Y rechazo de plano — con cólera — la afirmación de que ésta haya sido la causa de que quienes a poder y a deber no nos hayan sido de ayuda en el extranjero. ¿Qué! ¡A otro perro con ese hueso! Ese es el pretexto que invocan, para tratar de justificarse y disimular sus trapecerías, los que, faltando a sus deberes elementales de conciencia política — y de la otra —, nos han ido dejando sucesivamente en todas las estacadas. Pero, además, ¿por qué y para qué nos vamos a unir? ¿Para fraternizar la nariz humana? ¿Hay una unidad que está por encima de todas las uniones posibles? La coincidencia en el deber común de trabajar por el regreso a España. Si tal coincidencia no se ha dado ni parece en camino de darse, no es por culpa nuestra. Aí, revés, cuando hemos propuesto algo que nos parecía bueno y práctico, se nos ha dejado en una completa soledad. ¿Qué le vamos a hacer! ¿Hemos de meterlos de nuevo en cofusos revueltos, sin propósito claro ni aspiración concreta? ¡Bah, bah, dejémoslos e incógnitas peligrosas. A mí, como la experiencia me ha enseñado a ser modesto, ya no me interesa más que una unidad: la de mí Partido. Y con ella me doy por contento. — CRITILO.

N. de la R. — En el artículo titulado «Ya estaba acordado», publicado en este mismo lugar de nuestro semanario, involuntariamente se deslizó una errata. En el párrafo segundo donde se dice: «nuestros anal, y si de este modo: Sindicato sobre Partido», Tal...», debe decir: «nuestros anal, y no diré que esa ecuación debe representarse así: «Sindicato contra Partido», pero sí de este modo: «Sindicato sobre Partido».

¿ PACTO TANGENCIAL? La jira de Eisenhower

por Indalecio PRIETO

comienzos de Noviembre último, poco antes de adoptar las Naciones Unidas el acuerdo derogando las recomendaciones que constituían medidas relativamente positivas en la condena moral de Franco, pero considerando seguro tal acuerdo, escribimos un artículo (1) encabezado por la misma interrogación con que titulamos este de hoy: «Pacto tangencial?». En aquel trabajo, donde acumulamos bastantes datos justificativos de nuestras sospechas de que el viraje de la ONU iniciaría acciones más ampliamente satisfactorias para el franquismo, decíamos: «El natural complemento de todo — y a él se llegará si siguen dando pruebas de atonía las fuerzas democráticas y sindicales — es que el franquismo aparezca vinculado militarmente al Occidente europeo».

Tras recordar los principios del Pacto Atlántico, según los cuales parece jurídicamente imposible admitir a Franco en dicho círculo, ya que su régimen significa una perfecta antítesis de tales principios, hubimos de escribir: «Tememos un punto de tangencia en ese círculo. Franco no figura en la circunferencia, pero, tangente a ella, gozaría de beneficios que corren por el círculo».

Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

¿ PACTO TANGENCIAL? La jira de Eisenhower

por Indalecio PRIETO

que otro punto de contacto quizás se estableciera mediante cualquier futuro convenio con los Estados Unidos. Pero... Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

que otro punto de contacto quizás se estableciera mediante cualquier futuro convenio con los Estados Unidos. Pero... Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

¿ PACTO TANGENCIAL? La jira de Eisenhower

por Indalecio PRIETO

que otro punto de contacto quizás se estableciera mediante cualquier futuro convenio con los Estados Unidos. Pero... Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

que otro punto de contacto quizás se estableciera mediante cualquier futuro convenio con los Estados Unidos. Pero... Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

¿ PACTO TANGENCIAL? La jira de Eisenhower

por Indalecio PRIETO

que otro punto de contacto quizás se estableciera mediante cualquier futuro convenio con los Estados Unidos. Pero... Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

que otro punto de contacto quizás se estableciera mediante cualquier futuro convenio con los Estados Unidos. Pero... Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

¿ PACTO TANGENCIAL? La jira de Eisenhower

por Indalecio PRIETO

que otro punto de contacto quizás se estableciera mediante cualquier futuro convenio con los Estados Unidos. Pero... Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

que otro punto de contacto quizás se estableciera mediante cualquier futuro convenio con los Estados Unidos. Pero... Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

¿ PACTO TANGENCIAL? La jira de Eisenhower

por Indalecio PRIETO

que otro punto de contacto quizás se estableciera mediante cualquier futuro convenio con los Estados Unidos. Pero... Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

que otro punto de contacto quizás se estableciera mediante cualquier futuro convenio con los Estados Unidos. Pero... Explicábamos que como punto tangencial serviría el tratado Iusohispano de 17 de Marzo de 1939, posteriormente ratificado y frecuentemente evocado por ambos signatarios, añadiendo: «Emisarios militares norteamericanos van y vienen constantemente en Madrid y Lisboa como lanzaderas de telar. Infinitas gabelas tejedoras. Sobran indicios de que se quiere supervisar el convenio hispanoportugués. Supervisarlo y explotarlo. Portugal puede ser el punto de la circunferencia atlántica por donde se sostenga contacto bélico con la tangente franquista. Si no basta un punto, se buscarán dos o tres... La tangencia franquista transmitiría el virus totalitario y reaccionario, pudiéndola, a la circunferencia atlántica, donde abundan gérmenes de descomposición». No nos atrevimos entonces, ni nos atrevemos ahora, a indicar

PANORAMA EUROPEO

Motivos de temor y de esperanza

por Paul - Henri SPAAK

VIVIMOS, ciertamente, tiempos difíciles. Hace ya cinco años que los rusos rehúsan colaborar sinceramente en la instauración y el mantenimiento de la paz. Han saboteado sistemáticamente la posible obra de las Naciones Unidas, abusando del derecho de veto, haciendo infructuosos todos los ensayos de arreglo pacífico de los conflictos. Han sostenido en el mundo entero las tentativas de todos aquellos que creen poder recurrir a las armas, bien sea hacer triunfar su nacionalismo, o para instaurar su comunismo. Por la fuerza o por la astucia se han apoderado de todos los países bálticos y de una parte de Finlandia; han convertido Polonia, Checoslovaquia, Hungría, los países balcánicos (a excepción de Yugoslavia), la Alemania oriental, en Europa, la China en Asia, en satélites suyos, llevando al último de los países citados a violar abiertamente la ley internacional, animándole y armándole en su acción de fuerza contra los coreanos del Sur.

Ante espectáculo tal, la nerviosidad primero, luego el temor y el furor, se han apoderado de todos los que detestan la guerra, el recurso a la fuerza, el empleo de la violencia. Muchas gentes creen que vencer directamente a una tercera guerra mundial y su imaginación no necesita demasiado esfuerzo para mostrarles lo que eso significa para el porvenir de la humanidad.

Para mí, sin embargo, no están lanzados los dados, y sigo convencido de que un conjunto de medidas tomadas a tiempo, es decir, en seguida y sin vacilación, pueden ahorrarnos un terrible destino.

Sin duda, hay razones para temer, y la más importante de todas es que con los rusos no hay medio de discutir. Creo que no nos hemos dado cuenta hasta ahora suficientemente de esto. Muchos, bien intencionados, ponen sus esperanzas en una nueva Conferencia entre los «grandes». Piensan que alrededor de una mesa, intercambiando argumentos, haciendo prueba de prudencia, habrá medio de convencer a los rusos. Se equivocan. El mecanismo intelectual y emocional de un ruso comunista obedece a leyes que nos son completamente extrañas. La educación que

reciben desde hace más de un cuarto de siglo, la filosofía a la cual están adheridos, las reglas morales que han adoptado, les hacen absolutamente insensibles a todo lo que puede tener efecto en los espíritus o en los corazones occidentales. Son fanáticos conscientes y voluntarios seguidores de sus ideas, sino profundamente persuadidos también de que sus adversarios son incapaces de evitar la catástrofe que amenaza a su civilización. De ahí que no pudiendo, de una parte, ligarse con ningún compromiso de orden intelectual, deben, por otra, facilitar en todos los lugares, y siempre, el proceso de descomposición del mundo democrático. «Así — me diréis —, puesto que no hay medio de discutir, no hay medio de entenderse, y la guerra es inevitable. Y bien, ¡no! Las conclusiones que de este modo se saquen de mi exposición son apresuradas y falsas».

He dicho que no había por qué tratar de discutir con los rusos; he dicho que éstos eran absolutamente impermeables a nuestros argumentos. Mas yo les creo perfectamente capaces de interpretar, e incluso de interpretar muy inteligentemente, los hechos. Es, por consecuencia, ante los hechos donde hace falta que se les coloque.

Por de pronto, mediante una política interior ampliamente social y progresiva, hay que hacer la demostración de que el destino del régimen capitalista no es necesariamente la revolución brutal y el caos. Que sin recurrir a los métodos totalitarios, sin su-

primir las libertades, hay manera de asegurar en nuestros países a las grandes masas, mas pronto y con mayor seguridad que en los países bolchevizados, una vida decente, ventajas materiales y la seguridad de existencia. Es necesario, pero sin tardar, hacer la prueba de que la evolución del capitalismo, su transformación en una democracia económica y social, es posible. Es necesario también destruir, no con palabras, sino con hechos, una de las bases esenciales de la ideología de los rusos, base sobre la cual han construido una buena parte de su política exterior: la seguridad que tienen de que el mundo occidental está, sin remisión, condenado a la desintegración y a la decadencia.

Es necesario, a continuación, siempre mediante hechos y sin preocuparnos de explicaciones verbales, probarles con nuestras realizaciones que, sin pensar en el momento en atacarlos, es en discutiéndolos el derecho a vivir como ellos prefieren, estamos absolutamente decididos a defendernos si creen poder abusar de nuestro pacifismo y de nuestro horror a la guerra.

Los rusos están convencidos de que nosotros somos incapaces de hacer este esfuerzo. Tienen 175 divisiones, millares de tanques y de aviones; están tranquilos porque saben que nadie, en Europa, piensa repetir de nuevo contra ellos la experiencia de Napoleón y de Hitler. Y bien que se consideren seguros; tanto mejor: es un gran factor de paz. No nos queda sino evitarles la tentación de usar de su potencia. Y nosotros lo po-

demo hacer porque también nosotros somos fuertes; porque, si queremos, somos más fuertes que ellos. Mis únicos momentos de descorazonamiento son aquellos en que yo comparo lo que Europa occidental podría ser y lo que es. Lo que ella es: quince países aislados, débiles en su totalidad, sabiendo lo que les une, tanto en el peligro como en el beneficio, pero incapaces, hasta hoy, por tristes razones de susceptibilidad o de egoísmo, de forjar su destino a la medida de su época. Lo que podría ser: un poderoso bloque de 290 millones de habitantes (100 millones más que los rusos), que produce ciento diez millones de toneladas de carbón y veinticinco millones de toneladas de acero más que la URSS; incomparablemente más rico que el mundo comunista y animado de un ideal infinitamente más noble, puesto que es infinitamente más humano. Un bloque potente apoyado sobre toda la fuerza de los Estados Unidos, los cuales, ellos solos, producen en todos los dominios esenciales dos o tres veces más que la URSS y Europa reunidas.

Si un día se lanzan oleadas de soldados rusos sobre la Europa occidental; si un día quedamos reducidos a sufrir la bárbara ley del comunismo, no tendremos siquiera el consuelo de haber cedido ante un implacable e inevitable destino; nuestra desgracia estará motivada esencialmente por nuestras culpas, amargadas por el recuerdo de las ocasiones perdidas.

¿Qué necesitamos para evitar semejante desastre? De Eslocolmo a Angora, entre 100 y 150 divisiones. En dos años, gracias a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña, dispondremos de una formidable superioridad aérea y naval; en el mundo, del dominio de los mares y del cielo. Añadamos a eso la barrera de nuestras tropas europeas, y no tendremos que servirnos de ello porque los rusos comprenderán la efectividad de nuestra potencia.

«Mas, ¿cómo puede usted creer — se me replicará — que los rusos van a esperar a que hayamos reconstruido nuestro aparato militar y perder la oportunidad que les ofrece nuestra debilidad?». Esta es otra historia, que me propongo contaros en ocasión próxima.

demos hacer porque también nosotros somos fuertes; porque, si queremos, somos más fuertes que ellos. Mis únicos momentos de descorazonamiento son aquellos en que yo comparo lo que Europa occidental podría ser y lo que es. Lo que ella es: quince países aislados, débiles en su totalidad, sabiendo lo que les une, tanto en el peligro como en el beneficio, pero incapaces, hasta hoy, por tristes razones de susceptibilidad o de egoísmo, de forjar su destino a la medida de su época. Lo que podría ser: un poderoso bloque de 290 millones de habitantes (100 millones más que los rusos), que produce ciento diez millones de toneladas de carbón y veinticinco millones de toneladas de acero más que la URSS; incomparablemente más rico que el mundo comunista y animado de un ideal infinitamente más noble, puesto que es infinitamente más humano. Un bloque potente apoyado sobre toda la fuerza de los Estados Unidos, los cuales, ellos solos, producen en todos los dominios esenciales dos o tres veces más que la URSS y Europa reunidas.

Si un día se lanzan oleadas de soldados rusos sobre la Europa occidental; si un día quedamos reducidos a sufrir la bárbara ley del comunismo, no tendremos siquiera el consuelo de haber cedido ante un implacable e inevitable destino; nuestra desgracia estará motivada esencialmente por nuestras culpas, amargadas por el recuerdo de las ocasiones perdidas.

¿Qué necesitamos para evitar semejante desastre? De Eslocolmo a Angora, entre 100 y 150 divisiones. En dos años, gracias a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña, dispondremos de una formidable superioridad aérea y naval; en el mundo, del dominio de los mares y del cielo. Añadamos a eso la barrera de nuestras tropas europeas, y no tendremos que servirnos de ello porque los rusos comprenderán la efectividad de nuestra potencia.

«Mas, ¿cómo puede usted creer — se me replicará — que los rusos van a esperar a que hayamos reconstruido nuestro aparato militar y perder la oportunidad que les ofrece nuestra debilidad?». Esta es otra historia, que me propongo contaros en ocasión próxima.

demos hacer porque también nosotros somos fuertes; porque, si queremos, somos más fuertes que ellos. Mis únicos momentos de descorazonamiento son aquellos en que yo comparo lo que Europa occidental podría ser y lo que es. Lo que ella es: quince países aislados, débiles en su totalidad, sabiendo lo que les une, tanto en el peligro como en el beneficio, pero incapaces, hasta hoy, por tristes razones de susceptibilidad o de egoísmo, de forjar su destino a la medida de su época. Lo que podría ser: un poderoso bloque de 290 millones de habitantes (100 millones más que los rusos), que produce ciento diez millones de toneladas de carbón y veinticinco millones de toneladas de acero más que la URSS; incomparablemente más rico que el mundo comunista y animado de un ideal infinitamente más noble, puesto que es infinitamente más humano. Un bloque potente apoyado sobre toda la fuerza de los Estados Unidos, los cuales, ellos solos, producen en todos los dominios esenciales dos o tres veces más que la URSS y Europa reunidas.

Si un día se lanzan oleadas de soldados rusos sobre la Europa occidental; si un día quedamos reducidos a sufrir la bárbara ley del comunismo, no tendremos siquiera el consuelo de haber cedido ante un implacable e inevitable destino; nuestra desgracia estará motivada esencialmente por nuestras culpas, amargadas por el recuerdo de las ocasiones perdidas.

¿Qué necesitamos para evitar semejante desastre? De Eslocolmo a Angora, entre 100 y 150 divisiones. En dos años, gracias a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña, dispondremos de una formidable superioridad aérea y naval; en el mundo, del dominio de los mares y del cielo. Añadamos a eso la barrera de nuestras tropas europeas, y no tendremos que servirnos de ello porque los rusos comprenderán la efectividad de nuestra potencia.

«Mas, ¿cómo puede usted creer — se me replicará — que los rusos van a esperar a que hayamos reconstruido nuestro aparato militar y perder la oportunidad que les ofrece nuestra debilidad?». Esta es otra historia, que me propongo contaros en ocasión próxima.

demos hacer porque también nosotros somos fuertes; porque, si queremos, somos más fuertes que ellos. Mis únicos momentos de descorazonamiento son aquellos en que yo comparo lo que Europa occidental podría ser y lo que es. Lo que ella es: quince países aislados, débiles en su totalidad, sabiendo lo que les une, tanto en el peligro como en el beneficio, pero incapaces, hasta hoy, por tristes razones de susceptibilidad o de egoísmo, de forjar su destino a la medida de su época. Lo que podría ser: un poderoso bloque de 290 millones de habitantes (100 millones más que los rusos), que produce ciento diez millones de toneladas de carbón y veinticinco millones de toneladas de acero más que la URSS; incomparablemente más rico que el mundo comunista y animado de un ideal infinitamente más noble, puesto que es infinitamente más humano. Un bloque potente apoyado sobre toda la fuerza de los Estados Unidos, los cuales, ellos solos, producen en todos los dominios esenciales dos o tres veces más que la URSS y Europa reunidas.

Si un día se lanzan oleadas de soldados rusos sobre la Europa occidental; si un día quedamos reducidos a sufrir la bárbara ley del comunismo, no tendremos siquiera el consuelo de haber cedido ante un implacable e inevitable destino; nuestra desgracia estará motivada esencialmente por nuestras culpas, amargadas por el recuerdo de las ocasiones perdidas.

Cruz y raya

ALLI DEBIO ESTAR

El nombramiento de Lequerica como embajador de Franco en Washington ha sido ocasión para comentar los errores de Franco. Recordar al público norteamericano que aquí, durante la guerra, exteriorizó sus ánimos de que el Japón abandonara a los Estados Unidos. «Bienvenido a Washington — le dice —, ¿qué pena que no se encontrara usted en Hiroshima!».

DE ACUERDO

En L'Obsvateur, Claude Bourdet se asombra de que, después de conocer el informe de Daniel Mayer — egiogiosamente comentado por él —, veinte diputados franceses votaran en la Comisión de Relaciones Exteriores la renouación de relaciones diplomáticas con Franco. Nosotros también.

NI «PIO»

El Comité Ejecutivo del Movimiento Internacional por la Libertad de la Cultura — Denis de Rougemont, Jean Paul Sartre, Wilhelm Röpke, Arthur Koestler, Stephen Spender, Eugen Kogon and Irving H. Hall — publicó una carta el 17 de diciembre último a Francisco de Asís Curie, presidente del «Congreso Mundial por la Paz», proponiéndole que el Comité de la Paz, por medio de una difusión posible, los proponentes indicaban la conveniencia de que la difusión se efectuara en el estudio de la Comisión de Relaciones Exteriores, a escoger de común acuerdo, y que el debate fuera transmitido por otras estaciones situadas a ambos lados de la Cortina de Hierro. Igualmente habrían de celebrarse debates públicos en reuniones organizadas en diversas ciudades.

Pasado más de un mes desde la fecha de la misiva, los partidarios de la paz no han contestado todavía.

LA TOLERANCIA DE CULTOS BAJO FRANCO

Exceptuando Zaragoza, no existen ya en Aragón ni pastor ni maestro protestante, ni evangelista ni propagandista de este culto. El pastor de Zaragoza es el único que cumple el deber de enseñar en todo el vasto territorio de la región. Ni para que éste tenga la máxima difusión posible, los proponentes indicaban la conveniencia de que la difusión se efectuara en el estudio de la Comisión de Relaciones Exteriores, a escoger de común acuerdo, y que el debate fuera transmitido por otras estaciones situadas a ambos lados de la Cortina de Hierro. Igualmente habrían de celebrarse debates públicos en reuniones organizadas en diversas ciudades.

Pasado más de un mes desde la fecha de la misiva, los partidarios de la paz no han contestado todavía.

CHANG-KAI-CHEK COPIA LA POLICIA DE FRANCO

El mariscal Chang-Kai-Chek ha enviado a Madrid a uno de sus lugartenientes, el general Shih Tsen. Este jefe de la Escuela Central de Policía de Formosa, con el mismo principal de estudiar el sistema policíaco de Franco, y de paso, también la organización administrativa y social del régimen franquista. En declaraciones que ha hecho a la A.B.C. de Madrid, Shih Tsen, después de confirmar lo antedicho, manifiesta que el mariscal dispone de toda la Armada y la Aviación norteamericanas, que garantiza la dicha isla de un ejército de millón y medio de hombres, de ellos 600 a 700.000 listos para entrar en operación en mil y medio más organizados clandestinamente en China continental y hasta de los ocho millones de habitantes de Formosa, que en decididos a cumplir las armas en favor de su causa. Todo lo cual ha de permitir a Chang-Kai-Chek reinstalar en Nankín con su Gobierno ante el dos años. Optimismo, por lo menos, no falta.



(De «L'Avant Socialiste», de Toulouse).

ESTAMOS amenazados por un año de catástrofes... en la reciente ferroviaria de la provincia de Tarragona ya han perecido un montón de infelices...

(Viene de la primera pag.) ro cuando al recibir de manos de don José Félix Lequerica las cartas que acreditaban a este como embajador en Washington...

Sin embargo, no está esta la primera vez que nos desconcertan las contradicciones del presidente norteamericano. En nuestro artículo, ya citado, de principios de Noviembre anotamos que Mr. Truman, atalayando el próximo acuerdo de la ONU favorable a Franco dijo que, no obstante, transcurriría mucho tiempo...

con las potencias del Atlántico Septentrional. No creo que el ingreso de España en el grupo de las potencias occidentales aumente la fuerza de éstas.

Procede generalizar la república y que no quede en palabras susceptibles de ser llevadas por el viento, y es urgente impedir que se repita el fenómeno de gobernantes socialistas patrocinados o suscritos por grupos demócratas...

El Partido Socialista Obrero Español reclama que los partidos socialistas de las naciones signatarias del Pacto del Atlántico hagan prontamente una declaración categórica acerca de cual sería su actitud si bajo cualquier forma el ejército franquista, luego de ser rearmado por cumplir sus fines de ignorancia...

ARGENTINA

El movimiento huelguístico ferroviario de noviembre-diciembre tuvo en gran parte un carácter de protesta contra el régimen sindical establecido por la dictadura de general Perón.

ESTADOS UNIDOS

Durante el mes de diciembre efectuó plébicito la Asociación Internacional de Maquinistas (600.000 afiliados) para decidir si debía reincorporarse o no a la Federación Americana del Trabajo.

AUSTRIA

Una delegación de la CIOSL compuesta de Willis, de los T.U. británicos; Oosterhuis, de la Federación de Sindicatos de Holanda; y Braunthal jefe de departamento en la CIOSL ha visitado...

JAPON

Luego de volación en sus respectivas Comisiones Anuales, con amplios márgenes de información precisa sobre las terribles condiciones en que viven 53.000 trabajadores de las minas y de establecimientos industriales administrados por los Soviets.

CANADA

Ateniéndose a una resolución adoptada en su 44a. Convención, la Central Sindical Trade Union Congress ha dejado en suspenso la afiliación a la misma de la Unión Federal de Empleados Civiles de Vancouver...

INGLATERRA

Londres (S.I.S.). En una declaración que ha publicado el secretario general del Sindicato de Obreros del Transporte, Arthur Deskin, pone en guardia a los 1.250.000 afiliados a dicha organización...

No, no tiene trazas de arreglarse esto, ni con esa limosna, puesto que hemos de devolverla y satisfacer los intereses correspondientes.

Porque, después de la cosecha del gas y del carbón, que son imprescindibles para cocer las legumbres, resulta el puchero sagrado... viene a agravar la situación el anuncio, que ya es público, siguiente: «Aunque la cosecha oliverera de este año ha sido mala, no influirá en el racionamiento, por contarse con reservas y con una importación de semillas oleaginosas...»

PALABRAS CLARAS E IMPUDICAS

Alianza con quien sea

En un discurso pronunciado el 31 de enero, el gobernador del Estado de Nueva York y candidato derrotado a la Presidencia de los E.E.U.U. Mr. Dewey, dijo lo siguiente: «Cuando nuestro país está en peligro, necesitamos aliados. Yo propongo alianzas con España, con Tíbet, con Turquía y con Chiang-Kai-Chek...»

ALEMANIA

Berlín (S.I.S.). Una unidad de 300 policías populares se ha amotinado en Hoyerswerda (Sajonia), en zona socialista, cuando estaba haciendo ejercicios con armas pesadas.

Actividad en las Secciones

El sábado día 2 de febrero se reunió el ALBI del plano departamental del PSOE del Tarr. con asistencia de delegados de dicha ciudad de Castris, Graus y Cervera...

Se reorganizó el Comité departamental para quedar todo el ALBI en un solo departamento. Dicho organismo quedó constituido por unanimidad, como sigue: Presidente: Francisco Díaz; secretario: Juan Guerrero; tesorero: Cordo; vocales: Suárez y Renaud.

La delegación de Castris informó de que representantes de la CNT colaboracionista habían visitado a los Comités del Partido y de la Unión para celebrar una reunión con el fin de trabajar por la constitución de un organismo que agrupe a todas las fuerzas de la zona...

FUMEL

En la reunión que la Sección del Partido celebró ultimamente se hizo la renovación del Comité, como sigue: Presidente: José Barreiro; secretario: Antonio Sánchez; tesorero: José Beltrán; vocales: Susana Porty y María Velasco.

MONTELUÇON

En el Château, Montluçon, tuvo lugar el 28 de enero un Congreso departamental (Allier) del PSOE. Fue elegido para presidente el compañero José Barreiro...

ORLEANS

El Grupo departamental del Loire efectuó reunión plenaria el 21 de enero. Intervinieron presentes delegados de Orleans y Fitzharry. No asistieron los de Nogent y Lamotte Beuvron...

TUNES

El 27 de enero celebró asamblea la Sección local de la UGT en Cine Espoir. Leyóse la circular número 90, que trata de la celebración de elecciones...

VOZ AUTORIZADA

Anarquistas o bandidos?

YON acaba de ser teatro de acontecimientos dramáticos que todo el mundo conoce. A raíz de un ataque armado contra un furgón postal, varios bandidos españoles han sido detenidos, y su jefe, o presunto tal, se ha suicidado luego de haber sido vanamente perseguido...

TOULOUSE

El 27 de enero celebró asamblea la Sección local de la UGT en Cine Espoir. Leyóse la circular número 90, que trata de la celebración de elecciones...

MONTLUÇON

En el Château, Montluçon, tuvo lugar el 28 de enero un Congreso departamental (Allier) del PSOE. Fue elegido para presidente el compañero José Barreiro...

ORLEANS

El Grupo departamental del Loire efectuó reunión plenaria el 21 de enero. Intervinieron presentes delegados de Orleans y Fitzharry. No asistieron los de Nogent y Lamotte Beuvron...

TUNES

El 27 de enero celebró asamblea la Sección local de la UGT en Cine Espoir. Leyóse la circular número 90, que trata de la celebración de elecciones...

NOTICIAS DE AMÉRICA

Méjico (SIS)

En asamblea celebrada por la Agrupación Socialista Española el 28 de enero, se cubrieron los cargos del Comité vacantes nombrándose para presidente a Antonio Ramos...

AGASAJO A ANTONIORROBLES

En el Hotel Majestic se dió el sábado 27 de enero una comida de agasajo a nuestro buen amigo y afiliado a la UGT don Antoniorrobles...

FECHAS DE ALGUNOS «FUERA DE LEY»

Las fechas de algunos «fuera de ley» no deben ser utilizadas para descalificar a toda una organización, y tal vez a toda la emigración española...

Georges BRUTELLE

Secretario general adjunto de l Partido Socialista francés (SFIO) (De «Le Populaire», París, 8-2-51).

PUNTUALICEMOS

Conciencia serena y mano limpia

OPINIONES
PREPAREMOS EL CONGRESO
de la conciliación antifranquista

BILLETE

de F. Contreras Pazo

El escritor francés Pierre Brisson, que dirige «Le Figaro» con igual tacto político que sentido común, ha perdido, por una vez, la cabeza. Este artículo de fondo suyo que tengo ante mí, en mi mesa de trabajo, este «Los insexuados», tan fuera de quicio como la sofía...

Escribe Pierre Brisson de miedo scamouflé, de miedo calculador que pacta secretamente con el veruano, de que la voluntad feraz de evitar la guerra no tiene sentido sino en una afirmación viril dispuesta al supremo esfuerzo. La verdad: toda esta fraseología nos suena a chatarra vieja. La chatarra vieja al estuendo de la cual el capitalismo ha arrastrado al mundo a tantas guerras. Dicho estaría —sin decirlo— que nos deja insensible. En verdad, escribir en tales términos de guerra y de petulancia resulta inapropiado a todo un director de todo un gran rotativo francés. Por lo que toca a nosotros, españoles, no creo que tengamos que esforzarnos en demostrar que nada que toque a la secreción de glándulas más o menos internas —que es a lo que roza lo de la afirmación viril dispuesta al supremo esfuerzo— nos sea ajeno. El profundo sentido humano y hasta filosófico del pueblo español...

El año 1946 fue pródigo en optimismos. En Toulouse se celebró los días 22, 23, 24, 25 y 26 el II Congreso del PSOE. De aquellos días a hoy han transcurrido cuatro años. Nada en el espacio del tiempo. Una eternidad en nuestra contrahacha vida de errabundos impenitentes. Revolviendo viejos papeles amarillentos por una patina que el tiempo los ha cubierto, mi atención se fija en el folleto que, editado por la C. E. del Partido, reproduce las incidencias, acuerdos y discursos de los delegados que asistieron a aquel Congreso. [Que jornadas de trabajo, de entusiasmo, de fe en el porvenir ¡y que solidaridad internacional socialista! Cuatro años han pasado desde aquellos días en que el Partido tomó una orientación respaldada por España, hasta el que, no hace apenas siete meses, volvió a celebrar y en el que otros acuerdos fueron adoptados y aprobados por los socialistas de dentro y fuera de nuestro país. ¿Qué hay de todo ello? ¿Qué acciones podemos anotar en nuestro diario de estos cuatro años que quedan a nuestra espalda y en el presente doloroso, en que se encuentra el antifascismo español? Ya lo hemos escrito mil veces. Ya lo hemos analizado otras tantas. Lo que nos queda, para satisfacción de todos, de nuestra conciencia de democratas sobre todo, es mirar, aunque sólo sea de pasada, hacia atrás. Rebuscar un poco en el recuerdo —no lo permite la doctrina marxista y el espíritu crítico del socialismo?— que nos traen esas páginas en las que con caracteres impresos hemos dejado afirmaciones, promesas, esperanzas.

VIDAS SOCIALISTAS
Examen de una conducta

EL día 7 de enero murió, a los 51 años de edad, nuestro querido compañero Antonio Mesa Rodríguez, natural de Cañete la Real (Málaga). Cuando la noticia, atravesando mares y tierras, llegue a su pueblo natal, sus enemigos la comentarán, y ultrajarán el pasado de nuestro camarada. Pero el verdadero pueblo trabajador que sufre se recogerá en silencio y llorará impotentemente la pérdida de su gran amigo, del compañero que, desahuciándose de las miserias humanas, se entregó de lleno a la defensa de la clase de la cual formaba el parte. Hijo de un obrero campesino, conoció la pobreza desde su más tierna edad. Su vida ha sido un verdadero calvario hasta el fin de sus días. Muy joven se rebeló contra las injusticias que representaban un ultraje a la clase explotada. Abrazó las ideas socialistas. No podían éstas permanecer largo tiempo impuestas a su impulsivo temperamento de actuar. No olvidó aún —a pesar de que no tenía ya entonces 14 años— el espectáculo que se nos ofreció a los chicos que jugábamos junto al Ayuntamiento, como un día el joven Antonio Mesa, conducido allí por dos agentes, fué maltratado y golpeado por el barbudo cacique y dueño y señor del pueblo, a la sazón alcalde, en tanto que apareaban tres parejas de la Guardia civil al mando de un sargento, dispuestos a masacrar al pueblo si éste se sumaba a las manifestaciones del detenido. Era la causa que aquel día —fines de febrero o primeros de marzo de 1919— Mesa arengó con rebeldía vibrante a los jóvenes que habían sido llamados a filas. Acudiéndoles que iban a hacer a guerra a un pueblo que no...

N un suceso lamentable, con saldo sangriento —el asalto y robo de un coche correos en Lyon—, acaecido recientemente y en el cual, a través de las averiguaciones policíacas, que para nosotros constituyen el único punto de referencia, aparecen como autores algunos refugiados españoles, ha dado pie para que sobre la emigración republicana, en general, se hayan vertido juicios acusatorios que llegan incluso a reputar inmerecida la hospitalidad que a los españoles antifranquistas se nos ha prestado en Francia. Nada tenemos que decir acerca del hecho que motiva este comentario, como nada tenemos que decir respecto a cualquiera de las innumerables robos y crímenes que a diario ilustran las páginas de la prensa mercantil. Nos repugnan, simplemente. Si queremos dejar sentado que la circunstancia fortuita de que en este o en otros casos parezca salir a relucir el nombre de uno o de varios refugiados españoles —no importa su denominación política o sindical—, en nada afecta al prestigio de la emigración republicana. Por lo menos, no puede hacerse responsable, no ya material, sino moralmente, de incidentes totalmente extraños a su sensibilidad colectiva y a su mentalidad común. No es lícito arrojarse sobre muchos la culpa de uno. Sobre todo no es honrado, en el juego polémico, hacer de un acontecimiento vulgar pretexto para sacar consecuencias políticas ofensivas para cuantos fuimos arrojados de España por la traición de Franco. En este exceso incurren los que, invocando el suceso de Lyon —u otro—, pretenden echar una pelada de barro sobre la emigración española.

Sería milagroso que en una masa humana compuesta por medio millón de seres lanzados al exilio sin hogar, sin fortuna, con la vida rota, no se dieran casos de delincuencia, de inmoralidad, de conducta torpe. Haría falta para ello que todos fueran santos, y no se sabe, hasta ahora, que en el mundo haya habido nunca ejemplos de esa clase. Mas para juzgar a una emigración en su conjunto, lo correcto es constatar, si se quiere sus defectos, pero también sus virtudes. Del balance cuantitativo resultante de unos y otras depende el fallo imparcial que se pronuncie. En el saldo de la emigración republicana española ¿qué pesa más, las culpas o los méritos? La respuesta es fácil. Está traducida en obras que han merecido, donde quiera que existe un núcleo más o menos considerable de refugiados españoles, público elogio. Precisamente en nuestro número anterior comentábamos una exposición celebrada recientemente en Buenos Aires para poner de manifiesto...

Un folleto y un discurso
Nosotros y los otros

Mayo de 1946. El Congreso en Toulouse. Wenceslao Carrillo, delegado por Londres, preside aquel congreso taleniente, copioso en optimismo, en fe. Carrillo viene de Inglaterra, del país en el que la clase obrera llevó a sus hombres más calificados al Gobierno, al Parlamento, a la Cámara alta y al Gobierno. En el Estado. En Inglaterra gobierna el socialismo británico pese a que las doscientas familias, Churchill a la cabeza, desplegaron todo su formidable poder para impedirlo. Lo que nos dice Carrillo, con ese tono que no niega sus orígenes, que trae color y sabor de «borona» y «dabada», tiene para nosotros una importancia que se sale de madre. Porque Carrillo vive en Londres, tiene contacto con los dirigentes obreros ingleses, conoce bien a los «hombres del Labour Party».

«No se puede proceder siempre como se quiere —dice—, se tiene que atender a las circunstancias. Y yo acabo aquí a título personal que el Gobierno, el Parlamento y el Comité ejecutivo no le debe nada ni al Partido laborista, ni a la Organización de las Trade Unions, porque nada se ha conseguido en la vida real. Yo no les debo nada ni a uno ni a los otros, que el Partido laborista en cuanto tenga la ocasión de imponer o imponer o de forzar una solución al problema de España...» No nos da el deseo de restablecer una monarquía en España. Los socialistas británicos están que se restablezca el régimen democrático de España. Lo que ha sucedido es que al momento oportuno no llegó. Como muchos socialistas españoles, creí en esa actitud a pies juntillas. Y no en 1946. Mucho antes. Cuando discutiendo con los grandes bolcheviques les aseguraba que si los ingleses y los franceses, de todo hueso, en la vida del señor, nos habían facilitado la derrota en España en los años de nuestra guerra, ahora serían ellos los que nos proporcionarían el retorno cuando la contienda mundial se terminara. Nos equivocamos. Lo que conseguimos fué nuestra actuación pública en los países donde la emigración existía. «Cuántas promesas se nos han hecho!» En el Comité, en la FSM, en la CIOSL, en los sindicatos americanos, se han votado mociones, condenaciones contra el régimen de Franco. De todo esto hemos perdido la cuenta, porque a nosotros eso pudo servirnos en determinado momento de motivo de satisfacción, pero nada más. Tenemos razones poderosas para expresarnos de esta manera. Nos hemos resistido a coincidir con el compañero Carrillo en esto que, en él como en todos nosotros, de llegar, sería una renuncia total y definitiva a nuestro clásico internacionalismo. «Declaro que si yo llegara a perder la confianza en el movimiento laborista británico, después de lo que estamos viendo en el momento, posiblemente un día si regresara a España, diría a los compañeros socialistas que quisieran acompañarme: «Vamos a trabajar como socialistas, a trabajar por nuestro país primero, como cada quien que verdaderamente compañero Carrillo», más tarde por nuestro país, y al nos queda tiempo vamos a entrar en relación con los demás P. S. de los otros países. Yo no creo que llegue a ser el Partido laborista británico, como el P. S. francés, como todos los del mundo, cumplir con nuestro primer deber que es el que nos toca a nosotros.»

«Habríamos llegado ya, compañero Wenceslao, a este caso? Me temo que en el ánimo de muchos de nosotros correligionarios este criterio es ya un hecho sin vuelta de hoja. Y si eso es así, ¿a quién se debe? ¿A nosotros? No lo creo. La verdad es simple: no se ha querido ver y menos propulsar nuestras aspiraciones, las que han sido como las que son ahora. Ni con posiciones como las del II Congreso ni con la que hasta hoy tiene el Partido adoptado por acuerdo de otro Congreso (tan soberano como los anteriores). Esa es nuestra fatalidad, nuestra desgracia. Como Carrillo lo creímos todos. «No con el deseo de restablecer una monarquía, sino para restablecer el régimen democrático. Pero la realidad —esa realidad a la que muchas veces le volvemos con desprecio la espalda y ella, terca que terca, saliendo a nuestro encuentro a cada paso—, la tenemos ahí, en esa abstracción desafortunada que no ha servido para restablecer el régimen democrático, sino para afianzar un poco más al verdugo de El Pardo. Y eso se da —dicen los que no— a las necesidades del momento presente. Ahora, que los laboristas ingleses, como los democratas de otros países, como los millones de trabajadores adscritos a las Internacionales obreras, del color que sean —no tienen excusa. Esa abstención es irritante, porque a la Gran Bretaña debió faltarle tiempo para votar en contra, aunque votaran en pro del EE.UU., ya que Inglaterra es un país libre y soberano y quien dirige sus negocios extranjeros es un ministro que no habla el lenguaje de los diplomáticos, sino que usa el lenguaje de los obreros del puerto, del conductor de taxis, del obrero independiente de la organización y del sindicato...» Pues, ¿qué hubiera ocurrido si en lugar de emplear ese lenguaje, Bevin —de él se trata— hubiera hablado el de Van Zeeland, Mc Carran y otros de la misma especie? Votar contra Franco es lo que se debió hacer y no se hizo. Esa actitud y no otra debió ser la tónica general, y no la ha sido. Lo de Bélgica, Turquía, Grecia, Venezuela, Santo Domingo y otros países sin colaboración socialista no nos pilló de sorpresa. En todo caso —apunté la lección del momento— la necesidad de cumplir con los perfectos reaccionarios con sus amigos de Madrid. Lo que no tiene sentido es lo otro y lo que tiene un menos sentido es que se lance a los cuatro vientos lo de nuestro fracaso. Nosotros —tomen nota los de la acera de enfrente, los videntes o los que a la sombra esperaban ver en qué quedaba eso de los ocho puntos, o lo del pacto socialista, para tomar, según el viento, posiciones de oportunismo clásicas en la vida del exilio— no hemos fracasado. Ya se ha dicho esto. Ya se ha comentado en cierta prensa. Pero habrá que repetir para que se entere los despistados que se ociosos o los que están en la inopia dejándose llevar por la más insulsa de las demagogías. Lo que es un fracaso, trágico y humillante a la vez, es el acuerdo adoptado en la ONU, por ser un organismo creador, no para ayudar ni afianzar a la reacción, sino para defender la libertad de los pueblos y los Derechos del Hombre. Sobre esto pueden teorizar ahora todos los que tengan a bien hacerlo. Por nuestra parte hemos creído sinceramente en la buena disposición de todas esas instituciones internacionales. Si nos han decepcionado con sus errores —qué duda cabe— para nosotros y para los que vaticinaron —magnífico instinto del olfato a distancia— el fracaso de los unos y de los otros. Una duda nos asalta des-

pués de todo lo ocurrido, después de comprobar la desunión que caracteriza insensatamente a nuestra emigración. ¿Seremos una raza condenada que por un que dirán dejamos que se hunda un pueblo con toda su historia, su civilización y sus tradiciones? ¿Tendrá más valor una táctica, o una posición política que la vida de veintiocho millones de seres y entre tantos millones, infinidad de hombres que como nosotros aspiran a una sociedad más justa y humana? ¿O seremos, por intrasigentes, una especie de imbeciles a los que el mundo está ya harto de ver discutir estrímetemente y zancadillarse como verdaderos energúmenos? Difícil será la respuesta para muchos. Pero bien podría ocurrir que en la encrucijada en que estamos situados lleguemos a servir un día de sacos tercosos en la lucha de dos fuerzas que se odian. Creemos haber dicho todo cuanto teníamos que decir. En tonos asperos unas veces y en tonos delicados otras. En esas páginas, en esos papeles que guardamos esta una parte de la historia de la emigración. Léala y consúlese quien tenga que consolarse de alguna decepción o de alguna deslealtad a los principios inmovilables del socialismo. Si comprendiéramos todos y todos nos despojáramos de pasiones con vetas de puñalada, ¿trápara otro gallo —como el de la pasión— nos centraría a nosotros. Pero para llegar en el exilio a una unidad de acción de todos los partidos y organizaciones —con lealtad, que ya estamos hartos de plagar—, habrán de pasar otros doce años de desamor. En lo que se refiere a comprender que por encima de todo otro maliz o apelativo, está el de españoles democratas y como misión ineludible para todos, el conseguir la liberación de nuestro pueblo. Si eso llegara a ser una realidad tocante y sonante, llegaríamos también a conclusiones que hoy negamos. Una de ellas: que los fracasos no son imputables a determinadas posiciones, sino a que mientras el mundo siga la corriente que hoy le impulsa a navegar escorado, no seremos ninguno —ni nosotros ni los otros— vencedores, y en cambio, si seremos los vencidos. Si hay incertumbres que no lo creen así, es porque la insensatez ha convertido en programa de ineptos. Y esto sí que es grave, lastimosamente grave. Luis HERNANDEZ

El problema de la unión alemana

(Viene de la cuarta pag.) de un sistema de control internacional el R. R. y, tal como está concebido por los rusos. La libertad que reina en el mundo no podría soportar que la URSS reciba medios de producción o bienes procedentes de Alemania occidental o que adquiera ciertos derechos de propiedad en empresas situadas en Alemania occidental. Esa misma libertad exige también que sea considerada la cuestión de la propiedad de las Sociedades soviéticas, por acciones, de la zona Este, Sociedades que pertenecen al pueblo alemán y no a los rusos. Por su parte, el Gobierno federal tiene el deber de disipar todos los temores de los aliados occidentales en cuanto a la posibilidad de un nuevo Rapallo. De igual modo que ciertos políticos chauvinistas y oportunistas del campo occidental piensan que podrían entenderse con los rusos a espaldas de los alemanes, nosotros debemos afirmar, a la inversa, que no hay democracia posible en Europa sin los alemanes. Demostremos a los aliados occidentales que la cuestión de la unidad alemana no incumbe solamente a los alemanes, sino que es problema que interesa a todos los pueblos amantes de la libertad. En esta prueba se está midiendo la fuerza de la democracia en el mundo. He ahí la gran tarea que corre a cargo de la política alemana y, ante todo, del Gobierno federal. Luis HERNANDEZ

FIJANDO POSICIONES

POR desgracia para España y para nuestros perseguidos y presos en las mazmorras de Franco, y para vergüenza de los sagrados principios que inscribieron en la Carta de las NN.UU. sus fundadores, la fórmula por éstos inspirada y plasmada en sus posibilidades de encarnación en la constitución de esas fuerzas diseñadas en un órgano de inteligencia y colaboración, y por nuestra parte añadidas, como cierto personaje dijo un día histórico: «Ni renuncia ni abdicación». Compartiendo lo expuesto en un artículo de un correligionario de Méjico, no fio para defender a España, al Partido y sus libres acuerdos, en generales de más o menos capacidad técnica o estratégica que traicionaron nuestros postulados aprovechándose del trampolín que les proporcionó el inigualable servicio de algunos «sargentos». Ni debemos alimentar ilusiones en las llamadas a organismos sindicales de ayer y de hoy cuya consecuencia tuvimos ocasión de conocer en el curso de nuestra guerra. Ni entonces ni ahora están las peras maduras para co-

hicamos es «el más eres tú». «¿Hasta cuándo? El sectarismo cerril, el partidismo exaltado y una propia supervalorización agostado aquello de bueno y sensato que nuestras conciencias hacen florecer —¡fugazmente! — en nuestros corazones. Y no queriendo hacer acto de valor cívico para hallar gran parte de la causa de nuestros males en nosotros mismos, nos emborachamos con la fácil crítica sobre lo que hicieron, o dejaron de hacer, los extraños. Este estado de cosas no puede y no debe continuar. Una ocasión excelente se ofrece a nosotros, socialistas, para a aserrar el primer golpe de piqueta a la vergonzosa torre de Babel de nuestra desunión. Nuestro futuro Congreso deberá ser colocado bajo el signo de la conciliación —reconciliación pudieramos escribir— de todo el antifascismo democrático español. Tenemos que entregarnos enteramente, sin retenciones, sin limitaciones, a la fecunda tarea de crear una fuerza espiritual que nos arrastre impetuosamente hacia la exaltante coordinación de esfuerzos y de voluntades. Es necesario que pongamos al trabajo el profundo anhelo de nuestras conciencias con nuestro actuar cotidiano. Yo no quisiera recurrir a sentimentalismos para hacer nacer en el corazón de los españoles emigrados un impulso vigoroso hacia la unión leal y sincera de todos ellos. Unos minutos de reflexión ponderada son suficientes para ello, pero hay que hacer —tenemos que hacer— brotar el entusiasmo generoso y arrollador que transforme en pasión creadora lo que nuestros cerebros nos instan a hacer. Y ese entusiasmo tiene que venir de nuestros corazones, haciendo revivir aquel otro sublime, epopéyico, que conoció la España democrática en las inolvidables jornadas de nuestra contienda. El próximo Congreso de nuestro Partido deberá ser el primer jalón puesto fraternal y generosamente en la nueva ruta que el antifascismo español está dispuesto a seguir para alcanzar la elevada misión que el Destino ha puesto en sus manos. P. TOUET

Las ayudas que ayer se nos prometieron se han transformado en fuegos de artificio retóricos y, sin dejar de censurar a aquellos que nos los brindaron, deberemos protestarnos si nosotros —¡tontos! — nos hemos hecho acreedores de mejor trato. Todos los partidos y organizaciones antifranquistas han conocido no ya la división sino hasta la subdivisión. El caso de Negrín no es privativo de nuestro Partido. Las querallas entre aliados se han doblado de otras fratricidas que han terminado por convertir a los hombres que ayer unió un mismo pensamiento en enemigos irreconciliables. La auténtica causa del pueblo español ha sido desdeñada implícitamente por litigios de preeminencia entre grupos y grupos, entre personajes y personajes. Y así, de mal en peor, hemos llegado a este estado endémico de desunión hostil. El supremo argumento dialéctico que todos prac-

FIJANDO POSICIONES

cantilenas de prensa exilada que, a fuerza de pedir «Bloques antifascistas», lo criticaron todo y no construyeron nada? Seamos consecuentes. A los de dentro y a los de fuera de casa hay que recordarnos los llamamientos hechos por nuestras organizaciones para la constitución de esas fuerzas diseñadas en un órgano de inteligencia y colaboración, y por nuestra parte añadidas, como cierto personaje dijo un día histórico: «Ni renuncia ni abdicación». Compartiendo lo expuesto en un artículo de un correligionario de Méjico, no fio para defender a España, al Partido y sus libres acuerdos, en generales de más o menos capacidad técnica o estratégica que traicionaron nuestros postulados aprovechándose del trampolín que les proporcionó el inigualable servicio de algunos «sargentos». Ni debemos alimentar ilusiones en las llamadas a organismos sindicales de ayer y de hoy cuya consecuencia tuvimos ocasión de conocer en el curso de nuestra guerra. Ni entonces ni ahora están las peras maduras para co-

El camarada Adam Ciolkosz me ha pedido unas cuantas líneas sobre el problema español para su periódico **Robotnik**, órgano de los socialistas polacos emigrados. Las he escrito con mucho gusto, y las amplío aquí porque entre los polacos libres y los españoles libres de nuestros días hay un trágico paralelismo histórico, y las desdichas de los unos y los otros se explican, en última instancia, por el mismo motivo: la razón de Estado de las potencias occidentales.

Durante la segunda guerra mundial, los polacos y españoles refugiados en otros países teníamos de común esta esperanza, mejor dicho, esta certidumbre: la victoria aliada sería la liberación de nuestros dos pueblos. Vino la victoria, pero Polonia y España siguen tan subyugadas como antes. Nos faltaba la famosa dialéctica histórica, o se burlaba de nosotros una dialéctica histórica con la cual no habíamos contado, como un duende travieso y sin extrañas.

LO QUE STALIN DEBE A ROOSEVELT Y CHURCHILL

Los primeros desilusionados fueron los polacos. Rusia iba liberando Polonia de alemanes, pero al mismo tiempo, disfrazada de «República popular», organizaba una tiranía peor que la nazi, por lo menos para los socialistas. Y los aliados de Rusia cerraban los ojos y la dejaban hacer, en Polonia, como en los Países Bálticos, como más tarde en Checoslovaquia y en los Balcanes. La sacrosanta razón de Estado entonces era triturar al coloso germánico, sin detenerse en sacrificios, sobre todo si los sacrificios eran ajenos. Si el Moloch soviético, para avanzar contra los ejércitos nazis, pedía el sacrificio de los pueblos y Estados intermedios, ¿por qué negárselo? Era un botín legítimo, ¿y qué importaba sacrificar la libertad de unas nacionalidades recientes o antiguas, pero siempre precarias, como Polonia, si con ello se salvaba la libertad del resto del mundo, destruyendo la Alemania nazi?

En rigor, tampoco era la libertad del resto del mundo lo que interesaba a las grandes potencias democráticas, sino exclusivamente sus respectivas libertades nacionales. Es incluso probable que la libertad de los países situados al Oeste de Rusia fuera sacrificada mucho antes de comenzar el avance soviético. Hay un dato que me lo hace presumir: No recuerdo la fecha exacta, pero sí que aún no habían empezado los alemanes a retirarse del territorio ruso. Un día, un alto funcionario del ministerio de Información convocó a todos los periodistas españoles republicanos, residentes en Londres, que en aquel tiempo escribíamos para la prensa hispanoamericana. Nos quería comunicar lo que el gobierno británico pensaba ya entonces del porvenir de los Estados Bálticos: a su juicio, cuando llegara el momento, debían ser anexados a la Rusia soviética. No se nos dijo más, pero la indicación era evidente: se esperaba de nosotros que tratáramos favorablemente de tal tema en nuestras próximas correspondencias; había que preparar la opinión pública internacional. No lo trató ninguno de nosotros; yo sepa. La tesis era de un maquiavelismo demasiado brutal para la concepción romántica que aún teníamos de los fines de la guerra; pero empezamos a abrir los ojos.

Me imaginé que esa entrega anticipada de los Estados Bálticos debía ser una de las muchas concesiones que el astuto e insaciable Stalin arrancó a Roosevelt y Churchill a cambio de la carne de cañón soviética, servida, hay que reconocerlo, sin cortapisas. No me extrañaría que la cesión pactada de los países Bálticos al Juggernaut soviético no fuera la única. Roosevelt y Churchill —sobre todo este último, a la luz de la ulterior situación internacional— debieron darse pronto cuenta de que sus impresoras larguezas con Stalin eran simplemente aperitivos bélicos y posiciones estratégicas para un Estado militar mucho más ambicioso y peligroso que el nazi. Los archivos angloamericanos tardarán bastante tiempo en revelarnos todos los secretos de esas liberalidades a costa del prójimo, pero tan funestas a la postre para los que alegrenmente las concedieron como para las víctimas: sería, en efecto, demasiado deprimente para la inteligencia humana ver que dos tan insignes estadistas habían dado pruebas de una fluidez mental que nos parecería inadmisibles hasta en un alcalde de barrio.

LO QUE FRANCO DEBE A STALIN

La desilusión de los españoles fue más lenta. Primero nos desilusionó Rusia. La España de Franco envió una llamada División Azul a combatir al lado de los ejércitos alemanes: era un acto de guerra evidente contra Rusia. ¿Por qué el gobierno ruso no declaró la guerra a España? Si se la hubiera declarado, al término de las hostilidades Stalin hubiera podido reclamar la comparsa de Franco ante el tribunal de Nuremberg, y ése hubiera sido el final del Caudillo y su régimen. ¿Por qué no lo hizo Stalin? Misterio. Lo que no tiene misterio es el hecho de que Franco debe a la Rusia soviética su supervivencia política y quizás la física. ¡Y aún hay condoreros antifranquistas y anticomunistas españoles que creen que la Rusia staliniana es la única potencia que ha ayudado y ayuda a la liberación de España! No nos ha ayudado nadie, y Rusia menos que nadie.

Luego nos desilusionaron las democracias occidentales. Al caer Mussolini y Hitler, ¿por qué permitían que siguiera en pie su satélite favorito y su hechura perfecta, el general Franco? No hubiera sido necesario una guerra como en Corea. Hubiera bastado que las principales potencias hicieran lo que Francia. ¿Por qué no lo hicieron? Porque los negocios son los negocios, y hay una razón de Estado comercial tan sagrada como la política.

Nosotros los republicanos españoles, ingenuos incorregibles, pensamos que la inacción de las democracias ante la España de Franco respondía a graves consideraciones de previsión y prudencia. No le echan —nos dijimos— porque falta un gobierno constituido que le sustituya, y temen que, a la caída del franquismo, los diligentes comunistas den un golpe de mano y se levanten con el poder, o que simplemente el poder se quede en el arroyo y España se disuelva en un caos anárquico; constituyamos un gobierno republicano en el exterior y todas esas sedudas democracias se apresurarán a reconocerle, y a Franco no le quedará más remedio que irse por el foro.

Resistíamos, pues, los órganos de la República española —Presidencia y Parlamento— y formamos el flamante gobierno que, según creíamos, el mundo nos pedía angustiosamente; pero en América sólo lo reconocieron unas pocas Repúblicas románticas —desde luego no la más importante de todas, los Estados Unidos— y en Europa sólo los satélites de Rusia, pero ni siquiera Rusia misma. Esta extraña ausencia sólo tiene una explicación: durante la guerra de España, el gobierno republicano envió a Rusia en depósito la mayor parte de sus reservas oro, unas 510 toneladas. Temía el gobierno de Moscú que el gobierno español en el exilio se llegara a reconocerle, le pidiera cuentas, que ni las del Gran Capitán, de aquel oro de que no hemos vuelto a saber nada los españoles? Lo cierto es que no lo reconoció: otro motivo de agradecimiento de Franco a Stalin.

Por lo visto, no era un gobierno republicano en el exterior lo que querían las democracias. ¿Qué querían? Callaban los gobiernos; pero era evidente lo que pedían los pueblos. Ellos no perdonaban ni olvidaban las injurias de Franco a las democracias cuando ya las daba por vencidas, los sinsabores e inquietudes que les hizo sufrir durante la guerra mundial y los valiosos suministros minerales y de todo género que prodigó a Alemania e Italia y que les permitió, si no ganar la guerra, como era su deseo, sí prolongarla. Los pueblos de Occidente veían con indignación que el gigantesco sistema nazi-fascista que durante unos años había dominado toda la Europa continental hasta Rusia, sólo quedara en pie, al terminar la guerra, el Estado falangista, militar y teocrático de España.

Esta presión popular en las urnas electorales y directa-

¿SERA VERDAD?

Una afirmación de Eisenhower

Con este mismo título ha publicado el diario suizo «La Sentinelle», con fecha 9 de febrero, la noticia siguiente:

«El Consejo federal español del Movimiento Europeo ha recibido del general Eisenhower la seguridad de que España no será admitida en el seno de la comunidad atlántica en tanto no haya cambiado de régimen», ha declarado a la prensa don Salvador de Madariaga, ex ministro de Relaciones Exteriores de la República española.

El señor Madariaga se encuentra actualmente en París, con motivo de una reunión del Consejo federal español del Movimiento Europeo, organismo del cual es presidente.»

PARALELOS HISTORICOS

España y Polonia

por Luis ARAQUISTAIN

mente a través de los sindicatos libres obligó a las Naciones Unidas en 1946 a condenar pública y severamente el régimen de Franco, a aconsejar la retirada de sus embajadores como signo de su repulsió, a amenazarle con medidas más ejecutivas si las tomadas en aquella solemne ocasión resultasen ineficaces transcurrido un plazo prudencial, y a sugerir la unión de todas las fuerzas antifranquistas, incluyendo tácitamente a las monarquías, como sucesoras presuntas del gobierno de Franco. Los socialistas nos apresuramos a aceptar este envite y a pactar con los monárquicos. Esperábamos que las democracias, satisfechas de nuestra diligencia, dieran al franquismo el leve pero suficiente empujón que sus declaraciones nos habían hecho concebir.

No lo dieron. ¿Por qué? Por la misma razón de siempre: por la eterna razón de Estado. En aras de esa razón de Estado se sacrificó la Polonia libre al amor o al agradecimiento que entonces sentían las potencias occidentales por la Rusia staliniana. E inversamente, por miedo al comunismo se sacrificó en 1936 a esa misma razón de Estado la República española, y se ha vuelto a sacrificar en 1950 la España libre al retractarse las Naciones Unidas de su declaración de 1946 contra el régimen de Franco e iniciarse con ello su completa rehabilitación y poco a poco su admisión a todas las organizaciones internacionales.

LA RAZON DE ESTADO ES AMORAL

TAL contradicción de los Estados democráticos, abso-

Lo que a veces ocurre es que en una nación la moral individual y por extensión la moral colectiva de una mayoría de individuos se imponen al Estado, desviándole temporalmente de su amoralidad biológica, de su pura razón de Estado natural. Así la moral católica de los españoles del siglo XVI y XVII obligó al Estado español a seguir una política que beneficiaba a la Iglesia de Roma y era fatal para España. Así la moral liberal y democrática de los ciudadanos de las naciones occidentales obligó en 1946 a sus gobiernos a condenar el régimen de Franco, o sea un tipo de Estado que, por su escasa potencia, les es indiferente a los grandes Estados, pero que, en determinadas circunstancias, hasta les puede ser más útil que un Estado democrático como era la República española. Generalmente es la razón de Estado la que suele prevalecer sobre la moral de los ciudadanos. Así ha ocurrido ahora respecto de España.

Es preciso, de una vez por todas, que los socialistas y republicanos españoles abandonemos el error de creer que los Estados democráticos tienen alguna obligación o siquiera algún interés en conservar o extender la democracia al resto del mundo. Que un Estado sea democrático o autocrático es un accidente histórico que puede cambiar en cualquier momento y que no afecta a su esencia permanente. Por encima o por debajo de las formas de gobierno, los Estados son sólo Estados, instrumentos de fuerza, de una parte, para mantener unas clases sujetas a otras, y de otra, para conservar y acrecentar la existencia biológica de todo el grupo nacional. Para este último fin, las democracias no sienten escrúpulo en aliarse a las dictaduras, y las dictaduras a las democracias. Gran Bretaña y Estados Unidos se aliaron a la Rusia staliniana para aplastar a Alemania, Italia y el Japón, y hoy las vemos restaurando el Japón y Alemania como potencias militares para defenderse del peligro soviético, y eventualmente anti-aliado. Trágica fue de Penélope histórica. Del Estado se puede decir lo que Cambo decía de Cataluña, ante el problema de monarquía o república, ¿República? ¿Monarquía? ¿Cataluña? ¿Democracia? ¿Dictadura? ¿Ante todo, Estado!

Si las democracias occidentales no tuvieron reparo en utilizar la Rusia staliniana contra las potencias del Eje, y ahora no tendrían inconveniente en utilizar contra Rusia una Alemania y un Japón fuertes, aun antes de haberse democratiza-

EL PROBLEMA DE LA UNIDAD ALEMANA

Frente a nuevas decisiones

por Kurt SCHUMACHER

Presidente del Partido Socialdemócrata alemán

OR su importancia, la proyectada Conferencia de los cuatro ministros de Relaciones Exteriores viene a dominar todos los problemas, lo mismo los de la política interior alemana que los de la política mundial. Esta Conferencia afecta a todo lo que hasta el presente ocupaba el centro de nuestras discusiones, y si se celebra, sean cuales fueren las decisiones que en ella se hayan de adoptar, los esfuerzos realizados para que tenga lugar y las discusiones relativas a su orden del día son por sí mismos de una gran importancia para la política alemana.

Mientras Alemania esté ocupada, el problema alemán no podrá ser arreglado solamente por los alemanes, puesto que, incluso considerando que las democracias occidentales han hecho notables concesiones al nuevo Estado alemán, los rusos, en razón de la naturaleza del poder estatal que han instalado en su zona de ocupación, continuarán siendo un factor de la política interior alemana, estén presentes o no sus tropas.

Una Conferencia de los Cuatro podría aportar un poco de precisión en cuanto a lo que los rusos quieren concretamente, y al propio tiempo podría clarificar las relaciones germano-aliadas. Pues, a pesar de todas las ilusiones que se hacen en el Gobierno federal y en el seno de los partidos que la componen, la integración de la República federal en la comunidad atlántica no se ha efectuado. En efecto, la desigualdad de riesgos y sacrificios sigue subsistiendo, mientras que no existe igualdad de posibilidades. El fracaso del resultado de la Conferencia de Bruselas, festejada con la irreflexión habitual como el comienzo de una «época nueva de la historia», ha incitado a algunos de nuestros políticos, decepcionados en razón de su propia incomprensión, a cambiar enteramente de política. Nosotros, los socialdemócratas, ponemos en guardia a todos los que querían «construir puentes» sin tener en cuenta las realidades políticas de la hora y quisieran practicar cabalgatas Este-Oeste. Muchas gentes que se hacían ilusiones sobre el valor de un renunciamiento sin condiciones respecto a los aliados occidentales, han quedado desencantadas. Pero eso no cambia en nada el hecho de que el pueblo alemán, por su actitud y por su voluntad de vivir, forma parte del mundo occidental. Hace falta solamente que este pueblo luche por conquistar su plaza en ese mundo, aunque encuentre resistencia en sí mismo.

Desde meses atrás los rusos —que nunca han ocultado su voluntad—, buscan negociar, en las condiciones «dialécticas» más favorables, con los aliados occidentales, principalmente con los americanos. Entre los factores que deben permitirles ocupar una posi-

ción ventajosa en esas negociaciones, se halla la República federal alemana, a la cual se han dirigido con la sedicente carta de Grotewohl. Para comprender bien este paso es menester representarse el objetivo de toda la política rusa en relación con Alemania. Para los rusos no podría haber una Alemania unificada más que si fuera rusificada, es decir, como una parte de la URSS habitada por alemanes. Si las condiciones de realización de este objetivo no existen todavía, la política rusa tenderá a impedir la unidad alemana. Pues jugar con la posibilidad de una unidad alemana dando a entender que ésta podría hacerse en condiciones democráticas no es sino una táctica para provocar, desorientar y entretener al adversario.

Esta carta de Grotewohl no es un ofrecimiento que se nos hace; a los que habitamos en la República federal por alemanes que habitan en el Este de nuestro país y que piensan de diferente manera que nosotros. La idea y la redacción de la carta de Grotewohl, igual que las precedentes propuestas orientadas a la unificación de Alemania, vienen de Moscú, y en Berlín-Pankow no se ha hecho más que copiarla y firmarla. Por con-

secuencia, quien cree negociar en este caso con alemanes de la zona oriental, negocia en realidad con los rusos. Esto significa, en la práctica, que hay detrás un «partenaire» poderoso, del cual muchos políticos alemanes no captan ni los métodos ni los objetivos. La otra parte eventual de una negociación con los rusos son, ante todo, los aliados occidentales. Así la situación es clara, y resulta factible entrever las iniciativas posibles de la democracia alemana para el porvenir.

La finalidad de los rusos es vencer a los Cuatro, contactos con Alemania, negociar con ésta y ejercer en ella una cierta influencia. Es así como los rusos quieren participar en la formación de la opinión pública en Alemania occidental, mientras los aliados occidentales no tienen prácticamente ningún medio a su disposición para ejercer influencia en la zona soviética. A este efecto, los rusos actúan con la brutalidad que caracteriza a los regímenes totalitarios. Exigen ya que las primeras negociaciones con la República federal tengan lugar sobre una base paritaria, para que, por consiguiente, pueda ellos erigir en ley inviolable este principio de la pa-

riedad. De este modo, un voto de elector arrancado por la fuerza o por violencia moral en la zona Este equivaldría a dos votos y medio libremente expresados en la República federal.

Toda concesión hecha a los rusos en este aspecto, y por la cual se olvidara, aunque fuese por un instante, que la apariencia «alemana» del Frente Nacional no constituye más que la fachada exterior de una maniobra soviética, tiende a apartarnos peligrosamente de la única vía posible que conduce a la libertad interior y exterior de Alemania. Además, los rusos no ocultan la poca estimación que sienten por sus eventuales copartícipes en una negociación con la Alemania occidental. Los comunistas tienen la audacia de hacer presión sobre aquellos con los cuales quieren negociar utilizando los viejos «ologosms» de la unidad de acción, cosa que, sin embargo, no les dio éxito con los socialdemócratas en la época de la República de Weimar. Nos hablan de la unidad alemana cuando, al propio tiempo, aíslan a Berlín gracias a los medios puestos a su disposición por el Estado policlaco separatista. Y procuran, ante todo, con una insolencia inimitable, intimidar a los representantes occidentales con la elaboración de una ley dirigida contra los que piensan de diferente manera que ellos. Eso significa que los rusos han usurpado el punto de vista alemán para utilizarlo contra los propios alemanes. Los rusos quieren ser ellos solos los que decidan de modo soberano, lo que, desde el punto de vista nacional, sólo debe ser permitido a los alemanes y aceptado por éstos.

Sin embargo, la maniobra es de una torpeza que asombra: no es sino la repetición enojosa de la política rusa en relación con Alemania desde hace cuatro meses. Se puede constatar que antes de cada Conferencia de los Cuatro los rusos hacen siempre las mismas demostraciones, con análogo contenido y procediendo con métodos idénticos, y todo ello siguiendo un orden parecido a los precedentes. Antes de la Conferencia de Moscú, se denominó atrevidamente, como expresión del deseo alemán, de «representación nacional» lo que no era más que una delegación rusa. Cuando la Conferencia de Londres de 1947, se habló del «Consejo consultivo nacional», y cuando esta idea francés, se ingresó una «representación de personalidades». Se debe al Partido Socialdemócrata que la fraseología alemana al servicio de los rusos no haya subyugado al pueblo alemán. Con motivo de la Conferencia de los cuatro ministros de Relaciones Exteriores que tuvo lugar en París en la primavera de 1949, se repitió el mismo juego, preparándose, sin embargo, un poco mejor y utilizando nuevas denomina-

(Continúa en la tercera pág.)

do, incluso si no se democratizan nunca, ¿qué escrúpulos pueden sentir en usar la España de Franco como un peón y como una cabeza de continente valiosos en los planes de defensa y contraataque en un posible conflicto con Rusia? Ahora ya pueden hacerlo impunemente. Bajo el miedo patológico a la guerra, la moral individual, antes tan exigente e imperiosa frente a la España de Franco, se ha ido plegando gradual e insensiblemente a la fría razón de Estado.

Van pasando los años; la gente apenas recuerda el origen nazi-fascista del régimen de Franco; se van olvidando también sus agravios y desfavores durante la última guerra mundial; España ocupa una importante posición estratégica; por otra parte, en una Europa continental poco menos que imbecile, el pueblo español es uno de los pocos capaces de batirse, como lo demostró en su guerra. ¿Que es una dictadura? También lo era Rusia, y fue buen martillo para machacar Alemania. También lo es Yugoslavia, y puede ser buen puñal en el flanco báltico de la fortaleza soviética. También lo son la mayor parte de las Repúblicas hispanoamericanas, ¿y quién les hace ascos? Pelillos, pues, a la mar; callese la moral individual e impere a su anchura la razón de Estado; oudan las togas de los políticos civiles a las espaldas de los militares, los nuevos consules y proconsules, los verdaderos jefes de las nuevas Romas y acaso sus futuros emperadores.

Ya estamos completamente solos los españoles libres. En realidad, lo estuvimos siempre; pero antes no lo sabíamos y ahora sí. Nada podemos esperar de nadie más que de nosotros mismos. Las democracias no necesitan de nosotros ni como de esas quintas columnas que están organizando desde el exterior en los países satélites de Rusia, a ver si el ejemplo de Tito eunde tras la cortina de hierro. Nosotros, los españoles emigrados por causa de nuestra guerra, somos más bien huéspedes embarcosos, y lo seremos tanto más a medida que la alianza de Rusia y las democracias, todavía hoy una especie de matrimonio morganático o de la mano izquierda, se consuma y consagra sin vergonzantes tapujos.

LA DISYUNTIVA DE LA PAZ O LA GUERRA

LIQUIDADAS todas nuestras esperanzas en el exterior, sostenido Franco por las potencias occidentales, ¿qué puede decirse que a los españoles libres no nos queda otro remedio que renunciar a la liberación de nuestra patria? Yo creo, al contrario, que es ahora cuando empieza o debe empezar la verdadera obra de liberación de España. No intentaríamos incurrir en crimen de lesa humanidad contra los españoles del interior. Si, terminada nuestra guerra, la España de Franco hubiera hecho con la España republicana unos pactos no diré que generosos, pero sí humanos simplemente, como las que se hicieron en nuestros conflictos civiles del siglo XIX, reconociendo a todos los españoles por lo menos los derechos fundamentales del hombre, es probable que a estas horas el llamado problema español estuviera, si no resuelto, muy mitigado.

Pero no se hicieron. La España triunfante de Franco trató y trata a sus adversarios políticos como a una raza extraña y perpetuamente enemiga, que hay que exterminar o mantener esclavizada por tiempo indefinido. Así trataban los conquistadores primitivos a los pueblos que invadían y sojuzgaban. En la España de Franco, todos los adversarios políticos son como esclavos de guerra, unos penando en las cárceles el delito de ser liberales y democratas y otros en libertad vigilada, que no es libertad. Siguen siendo hombres extraños y enemigos. Nunca en una guerra civil moderna, fuera de la Rusia soviética y sus satélites, se trató con tanta sevicia a los adversarios políticos como en la España de Franco, después de terminadas las hostilidades. Ya he mencionado la conclusión de nuestras guerras civiles en el siglo pasado. La última terminó con el simbólico y ejemplar abrazo de Vergara, dígame lo que se quiera. Recuérdese también las condiciones de admirable generosidad con que el general Grant aceptó la rendición del general rebelde Lee, que puso a término en 1865 a la guerra civil de los Estados Unidos; no se ejecutó a ningún rebelde ni durante la guerra ni después. Y eso que allí los vencidos fueron los rebeldes. ¿O es que también allí hubiera ocurrido todo lo contrario si los rebeldes hubieran vencido? No lo creo.

No hubo ni hay paces en España. Lo que significa que allí la guerra sigue latente, larvada. Y mientras Franco siga tratando a sus adversarios políticos del interior como a gentes extrañas y enemigas, ni ellos ni nosotros, los del exterior, podemos tampoco ver en él más que un enemigo y un beligerante, ni tratarle de otro modo. Algunos españoles y no pocos extranjeros parecen impacientarse de que no se hayan restablecido en España los derechos políticos y sociales corrientes en los regímenes democráticos. ¡Que más quisiéramos! Pero los que de tal se quejan parecen ignorar o olvidar que España no ha salido aún del estado de guerra que comenzó en 1936. No hay aún paz de derecho ni de hecho. Y con ser preciosos los derechos políticos y sociales, hay otro, más precioso aún, que les precede y es la base de todos: el derecho a vivir en paz y en libertad, el primer derecho que convierte al hombre vencido, prisionero o esclavo, en hombre libre, aunque su libertad no toque la plenitud que goza el ciudadano de una democracia auténtica. Antes de pedir, como hacen algunos, que el régimen de Franco se democratice, hay que exigirle que por lo menos se humanice.

Mientras creíamos que las grandes potencias nos iban a servir en bandeja de plata la caída de Franco y su régimen, no nos preocupaba tanto el hecho de que hubiese o no paz entre él y sus adversarios políticos. ¡Para lo que iba a durar! Solos ya frente a la España de Franco, creo que ha llegado la hora de que a esa España se le plantee en forma adecuada la disyuntiva de si quiere concertar una paz efectiva con la España liberal y democrática o proseguir la guerra como hasta hoy. Se me dirá que Franco ha brindado la paz repetidas veces a los emigrados. Sí, demasiadas veces: una hubiera bastado de ser sincera; pero sólo era sekuelo y embleco. Lo que hace falta es una paz no sólo para los españoles del exterior, sino en primer término para los del interior, y no una paz unilateral y de labios afuera, sino con las debidas garantías.

La paz en España afecta tanto como a los mismos españoles, aun no reconciliados, a las naciones del Pacto Atlántico. No hay paradoja ni contradicción en pensar en esas naciones precisamente cuando parecen inclinadas a admitir en ese Pacto a la España de Franco. Por razón de Estado aceptan esa España e incluso es probable que la prefieran a cualquiera otra, sobre todo ante el triste espectáculo de división interna que ofrecen algunas democracias europeas. Pero aceptar esa España a condición de que, para sus fines de guerra, sea una España pacífica y estable. No lo será si la España de Franco se obstina en mantener el estado de guerra con la España liberal y democrática. Esto es lo que deben saber, antes de que se lo enseñen los hechos, las naciones del Pacto Atlántico. Hasta ahora nuestro lenguaje ha sido de súplica y apelación en derecho, como si hubiera tribunales de justicia internacional para nuestra causa. No los había, y nuestros clamores eran al vacío. Si se nos niega la paz, no queda otro lenguaje que el de la fuerza, acaso el único que entienden las grandes potencias (recuérdese la historia reciente de Israel) y el propio Franco. La guerra —y sus formas pueden ser infinitas— o la paz garantizada; de ellos sólo depende.

Ya sé que para muchos españoles emigrados la paz sola es demasiada poca cosa. Ellos quisieran que nos fuera devuelta la República en su pristina integridad, con todas sus dignidades y preeminencias y hasta con los emolumentos atrasados de sus antiguos funcionarios. Yo también. Pero creo que el interés de los españoles del interior y de la propia España está por encima de los deseos o los ensueños de los demás.

Londres, febrero de 1951.

P. S. O. E.

Reunión de la Comisión Ejecutiva

La Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español en el Exilio se ha reunido el miércoles 7 de enero de 1951. Los compañeros Barreiro y Llopis informaron de los Plenos celebrados en los departamentos de Alier y Tarn, a los que asistieron en nombre de la Ejecutiva.

A las consultas hechas por distintos Agrupaciones que nos envían proposiciones para el Congreso, se les contesta que se irán publicando en EL SOCIALISTA, en la Sección dedicada a la «Actividad de nuestras Secciones», al mismo tiempo que se publique la reseña de las Asambleas en que se aprobaron dichas proposiciones.

Se aprueba: Circular de Secretaría dando instrucciones a las Secciones con motivo del próximo Congreso, Circular que se distribuirá al mismo tiempo que la Memoria, cuya impresión está ya terminada.

El Comité del C.O.M.I.S.C.O. celebrará su reunión ordinaria en Londres, los días 2, 3 y 4 del mes de marzo. Se designa al compañero Llopis para que asista.